

CAYO VALERIO CATULO (c.84 – 54 a. C.)
POEMAS

Héctor García Cataldo*

1 (III)

¡Llorad, oh Venus y Cupidos,
y cuantos de los hombres más sensibles existan!
Ha muerto el gorrión de mi muchacha,
oh, gorrión, el amor de mi muchacha,
al que ella amaba más que a sus ojos: 5
pues, él era dulce como la miel y reconocía a su
ama tan bien como una hija reconoce a su madre,
y no se movía del regazo de ella.
sino que saltando a su alrededor de un lado a otro
piaba siempre hacia su única dueña. 10
Ahora él camina por el tenebroso camino
hacia aquel lugar, de donde dicen que nadie puede volver.
¡Qué seáis malditas!, malvadas tinieblas
del Orco, que devoráis todas las cosas bellas:
tan bello gorrión me robasteis. 15
¡Oh, hecho fatal, oh, mi pobrecillo gorrión!
Ahora por tu culpa los ojitos de mi muchacha
enrojecen hinchados por el llanto.

2 (IV)

Aquel barquichuelo que vosotros veis, forasteros,

* Desde hace varios años trabajo en la traducción de los *Carmina* del desbordante lírico latino Catulo con vistas a publicar una edición bilingüe, acompañada del aparato crítico respectivo. Un anticipo de este trabajo es el que se presenta en esta pequeña selección de textos. El número romano en paréntesis remite a la numeración del corpus latino.

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

dice haber sido el más veloz de los navíos,
y que el ímpetu de ninguna embarcación
no había podido sobrepasarlo, ya fuese necesario
que volara impulsado por sus remos, ya por sus velas. 5
Y rehusa decir que no esta ribera del amenazador
Adriático o las islas Cícladas
y la noble Rodas y la horrible Propóntide de Tracia
o el cruel golfo del Ponto,
donde éste después fue barquichuelo, pero antes 10
una selva espesa: pues, en la cima del Citorio
muchas veces lanzó un silbido con su follaje susurrante.
El Amastri que produce el boj en el golfo pónico y en el citorio,
estas cosas te fueron y te son muy conocidas
-dice el barquichuelo- : desde su origen remoto 15
-dice- haberse erguido en tu cima
y haber sumergido sus remos en tu mar,
y que desde allá, a través de tantas olas tempestuosas,
había conducido a su amo, ya por la izquierda o por la de-
recha lo invitara la brisa, o bien el viento favorable 20
llegara repentinamente al mismo tiempo a uno y otro lado de la vela;
y que a los dioses costeros ningún voto en su favor
se hizo, cuando recientemente venía desde el mar
hacia este lago transparente.
Pero estas cosas antes sucedieron: ahora envejece 25
en una escondida quietud y se consagra a tí,
Gemelo Cástor y Gemelo de Cástor.

3 (V)

Vivamos, oh mi lesbia, y amémonos,
y los comentarios de los viejos más severos
considerémoslos todos del valor de un as.
Los soles pueden ponerse y volver,
cuando de una sola vez la breve luz se nos extingue 5
debemos dormir una sola noche eterna.
Mil besos dame, luego un ciento,
otros mil después, luego un segundo ciento,
y después ininterrumpidamente otros mil, luego un ciento.

Después, cuando nos hayamos dado muchos miles, 10
los confundiremos para que no sepamos la cuenta,
o por lo menos para que ningún malvado pueda envidiarnos,
cuando sepa que tan grande es el número de besos.

4 (VIII)

Oh desdichado Catulo, déjate de decir tonterías,
y lo que ves que ha perecido consideralo ya perdido.
En algún tiempo cándidos soles resplandecieron para ti,
cuando solías ir a donde la muchacha te conducía,
amada por mí cuanto ninguna podrá ser amada. 5
Allí, en ese entonces se realizaban aquellos muchos juegos amorosos,
los que tú querías y que a la muchacha no le disgustaban.
En verdad cándidos soles resplandecieron para tí.
Ahora ella ya no quiere: tú tampoco, incapaz de dominarte,
quieras, ni persigas a la que huye, ni desdichado vivas, 10
sino que con mente obstinada resiste, mantente firme,
Adios, oh muchacha, ya Catulo se mantiene firme,
ni en contra de tu voluntad te buscará ni rogará
pero tú sufrirás, cuando nunca más por mí seas solicitada,
¡ Desdichada, ay de ti ! ¿qué vida te aguarda? 15
¿Quién te visitará ahora? ¿a quién parecerás bella?
¿A quién amarás ahora? ¿ de quién dirás que eres?
¿A quién buscarás? ¿a quién le morderás los labios?
Pero tú, oh Catulo, obstinado mantente firme.

5 (XIII)

Mi amigo Fabulo, cenarás muy bien en mi casa
dentro de pocos días, si los dioses te son favorables
siempre que traigas contigo buena y abundante
comida, ¡oh! y no te olvides de traer una cándida mucha- 5
cha, vino, ganas de revolverla y todas las ganas de reir.
Yo te digo mi querido amigo, si trajeras
estas cosas cenarás bien: pues, el bolsillo de tu Catulo
está lleno de telarañas.

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

Pero por el contrario, tú recibirás amores puros
o bien recibirás algo que es muy suave y elegante: 10
te daré, pues, un perfume, que a mi muchacha
dieron las Venus y los Cupidos.
Y que cuando tú lo huelas rogarás a los dioses
que te hagan a ti todo nariz, oh Fabulo.

6 (XXVII)

Joven copero del vino añejo de Falerno,
lléname las copas del vino más amargo,
como lo manda la ley de la maestra postumia,
Más dada al vino que al grano de uva que emborracha.
Y tú, agua, perdición del vino, sal de aquí 5
a donde os plazca y anda a parar a
los abstemios: aquí está el vino puro de Baco Tioneo.

7 (XXXI)

Oh Sirmio, pupila de las penínsulas y de las islas,
a las que el uno y el otro Neptuno eleva sobre
líquidas lagunas y el mar,
cuán gustosamente y cuán alegre te veo,
apenas puedo creer que he dejado Thynia y los campos Bitinios 5
y que puedo verte sano y salvo.
¡Oh! ¿qué puede ser más hermoso que el sentirse libre de
preocupaciones; cuando la mente depona su peso y fatigados
por el peregrino trabajo llegamos a nuestra casa
y reposamos en el lecho que anhelamos? 10
Esto es lo único que vale en favor de tantos esfuerzos.
¡Hola, oh Sirmio hermosa, alégrate con tu amo:
y vosotras alegraos también, oh fuentes de agua Lydia!
y todo cuanto hay en casa reid a carcajadas.

8 (XXXIX)

Egnacio, porque tiene blancos dientes,
 está risueño en cualquier parte. Si ha llegado
 al banquillo de la condena, cuando el abogado incita al llanto,
 él sonríe. Si se gime junto a la hoguera de un hijo
 respetuoso de sus padres, cuando su madre privada de su único 5
 hijo lo llora, él sonríe. En cualquier ocasión, en cualquier parte
 y cualquier cosa que hace, sonríe. Esta enfermedad tiene,
 pienso que no es ni elegante ni culta.
 Por esta razón, me veo en la necesidad de amonestarte, amigo Egnacio.
 Si tú fueses romano, sabino o tiburnino 10
 o un económico umbrio o un obeso etrusco
 o un cruel y dentado lanuviano
 o un transpadano, para hablar también de los míos,
 o que fueras cualquiera de estos que se lavan íntegramente
 los dientes, sin embargo, no quisiera que tú siempre y en cual- 15
 quier parte sonriente estuvieras: pues, no hay ninguna cosa
 más estúpida que pasar sonriendo estúpidamente. Ahora eres
 un Celtívoro: y en tierra de Celtiveria, lo que cada uno orinó,
 con esto en la mañana se suele fregar la dentadura y la roji-
 za encía, de tal manera que por esto tu dentadura está muy limpia, 20
 y por esto se adivina que tu has bebido en mayor cantidad orina.

9 (LI)

Aquél me parece que es igual a un dios,
 y si me fuera permitido aquél me parece superior a los dioses,
 el que sentado frente a ti permanentemente
 te contempla y te escucha
 a ti que estás riendo dulcemente, lo cual, pobre de mí, me 5
 arrebató de toda la facultad de mis sentidos: pues desde el primer
 momento que te contemplé, oh Lesbia, ni un hilo de voz
 me queda ya.
 Mi lengua se paraliza y una débil llama
 se difunde por mis miembros, y con un sonido que le es propio 10
 mis oídos zumban, y mis ojos son cubiertos
 por una doble noche.

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

El ocio, oh Catulo, te es funesto:
por el ocio saltas de alegría y te agitas demasiado.
El ocio en otro tiempo perdió a reyes y
a suntuosas ciudades. 15

10 (LXI)

Oh habitante de la colina del Helicón,
raza de Urania,
tú que robas una tierna doncella para llevarla
a un hombre, oh Himeneo Himen,
oh Himen Himeneo, 5
rodea sus cienes con las flores
del amaraco que huele suavemente,
coge el velo-rojo-fuego y alegre
ven aquí trayendo
en tu níveo pie el amarillo zueco. 10
Y excitado por este día gozoso
cantando con voz resonante
himnos nupciales
zapatea el suelo, y con tu mano
la antorcha de pino agita. 15
Pues, cual Venus la habitante
del monte Idalio,
cuando se presentó al juez Frigio,
Vinia, la hermosa doncella,
con buen augurio tomó por esposo a Manlio, 20
y tan resplandeciente como el Mirto
de Asia con sus florecientes ramitas,
las que las diosas Amadriadas
para su propia diversión alimentan
con la humedad del rocío. 5
Por esto, franqueando la entrada, ven aquí
y persiste en abandonar las cavernas
aonias de la montaña de Tespia,
a las que la ninfa Aganife desde lo alto riega,
para refrescarlas 30
e invita a casa a la señora

deseosa de su joven esposo.
encadenando su alma con el amor,
como la hiedra tenaz que aquí y allí
envuelve al árbol circundándolo. 35

Vosotras, igualmente, oh castas
doncellas, para quienes va a llegar
un día semejante, dirigid la melodía
y decid: "Oh Himeneo Himen,
oh Himen Himeneo", 40

para que más alegremente, escuchando
que es llamado a su obligación,
conduzca hasta aquí su paso
el guía de la hermosa Venus, enyugador
del dichoso amor. 45

¿Qué dios es más digno
de ser invocado para los amados que se aman?
¿A cuál de entre los celestes venerarían más
los hombres? Oh Himeneo Himen,
oh Himen Himeneo. 50

En favor de los suyos el padre tembloroso te
invoca, por ti las doncellas
se desciñen de la faja que les cubren los senos,
y el joven marido temeroso
trata de escucharte con el oído ansioso. 55

Tú mismo en las manos del fogoso joven
pones a la muchachita cubierta de flores
apartándola del regazo de su
madre, oh Himeneo Himen,
oh Himen Himeneo. 60

Nada beneficioso se puede conseguir sin ti,
Venus, lo cual la recta opinión comprueba;
pero se puede conseguir
queriéndolo tú. ¿Quién a este dios
se ha atrevido a compararse? 65

Ninígún hogar sin ti puede
dar hijos, ni ningún padre puede
apoyarse en sus hijos: pero puede
queriéndolo tú. ¿Quién a este dios
se ha atrevido a compararse? 70

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

Un territorio que careciera de
tus ritos no podría dar defensores
a sus fronteras: pero podría
huriéndolo tú: ¿Quién a este dios
se ha atrevido a compararse? 75
Abrid los cerrojos de la puerta,
la doncella se acerca. ¿Acaso no ves cómo las antorchas
agitan sus llamas relucientes?

(Laguna de cuatro versos)

El ingenuo pudor le cause demora:
sin embargo escuchando más a éste
llora, porque es necesario marcharse. 85

Deja de llorar. No tengas miedo,
oh Aurunculeia,
ninguna mujer más hermosa
al claro día desde
el océano podría ver.

Tal como suele surgir la flor 90
del Jacinto en medio del jardín, matizado
por diversas flores, de un rico señor.

Pero te demoras y el día se va:
preséntate, oh joven esposa.
Preséntate, oh joven esposa, si 95

ya te parece conveniente, y escuchas
nuestros cantos. Mira cómo las antorchas
agitan sus doradas llamas:
preséntate, oh joven esposa. 100

Tu suave esposo no es dado
a los perversos adulterios
persiguiendo libertinajes vergonzosos

y no quisiera dormir 105
lejos de tus tiernos senos,
mas como la suave vid enrosca

a los árboles que están cerca de ella,
él se enroscará a tus
brazos. Pero el día se va;

Preséntate, oh joven esposa. 110

¡Oh lecho nupcial, que a todos...

(Laguna de tres versos)

en el blanco pie del lecho, 115
cuáles y cuántos placeres
llegan a tu amo, cuáles en la fugaz
noche, y cuáles durante el día
va a disfrutar! Pero el día se va:
Preséntate. oh joven esposa. 120
Levantad, muchachos, las antorchas:
veo venir el velo-rojo-fuego.
¡Vamos! cantad a coro todos juntos:
"¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 125
No calle durante el día el descarado
chiste fescenino,
ni el concubino del amo
niegue las nueces a los niños
escuchando que su amor fue dejado de lado. 130
da nueces a los niños, inhábil
concubino: demasiado tiempo
jugaste con nueces: es agradable
ya que sirvas a Talasio.
Oh concubino, da nueces. 135
Las esclavas te eran despreciables,
concubino, hoy y ayer:
ahora el peluquero afeitado
tu barba. Oh desventurado, desventurado
concubino, da nueces. 140
Dirías mal si dijeras que tú,
siendo un marido perfumado, te
abstienes de tus imberbes. Pero abstente.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 145
Sabemos que las únicas cosas conocidas por ti
fueron esas que son permitidas: pero a un marido
no son permitidas esas mismas cosas.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

- ¡Bravo Himen Himeneo! 150
Esposa, tú también, las cosas que tú
esposo te pida, no se las niegues,
para que no las vaya a pedir a otra parte.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 155
He aquí la casa cuán noble
y hermosa de tu esposo,
permite que esta casa esté bajo tu cuidado,
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 160
hasta mientras la vejez que cubre de canas
y que empuja el día en que uno se pone tembloroso,
conceda bajando la cabeza todo para todos.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 165
Con un buen presagio conduce
al otro lado del umbral de la puerta aureoleados pies,
y pasa la pulida puerta.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 170
Mira, cómo recostándose tu único
esposo en el lecho de púrpura
todo él está pendiente de ti.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 175
A él no menos que a ti
en lo más profundo de su pecho le está ardiendo
la llama del amor, pero más intensamente.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 180
Suelta el pulido bracito de la muchacha,
oh joven que vestes la toga pretexta:
Ya es hora que se encamine hacia el lecho del esposo.
¡Bravo Himen Himeneo bravo!
¡Bravo Himen Himeneo! 185
Vosotras, fieles mujeres, muy estimadas
por los hombres ya viejos,
colocad la muchachita.

¡Bravo Himen Himeneo bravo!	
¡Bravo Himen Himeneo!	190
Ya te es permitido venir, oh marido: tienes a tu esposa en el lecho resplandeciente en el rostro como una flor, como si fuera una blanca parthenica o una roja amapola.	195
Y, tú, marido, (así me protejan los dioses) eres hermoso y Venus no te ha olvidado. Pero el día se va: prosigue, no te demores	200
No demoraste demasiado tiempo, ya vienes. La buena Venus habrá de favorecerte, porque manifiestamente anhelas lo que anhelas y tu buen amor no escondes.	205
Es mejor que, calcule la cantidad de granos de arena de Africa y la multitud de relucientes estrellas, aquel que quiere enumerar las infinitas maneras de vuestros juegos amorosos.	210
Deleíntese como os de gusto y gana, y en poco tiempo tened hijos. No es decoroso que tan antigua estirpe esté sin hijos, sino que es conveniente que siempre nazcan hijos de la misma estirpe.	215
Quiero un Torquato parvulito que, desde el regazo de su madre extendiendo su tiernas manitas a su padre ría dulcemente entreabriendo sus labiecitos.	220
Ojalá que sea igual a su padre Manlio. Y que fácilmente por todos los que le conocen sea reconocido y que la honestidad de su madre delate en su rostro.	225
Tal virtud de él la pone en evidencia la estirpe de su buena madre,	

Héctor García C.: Cayo Valerio Catulo (c. 84-54 a.C.) Poemas

cual insigne fama tiene
Telémaco por su óptima
madre Penélope. 230

Cerrad las puertas, oh doncellas:
hemos cantado ya bastante. Y vosotros, buenos
esposos, vivid felices y
en constante trabajo ejercitad
la provechosa juventud. 235

11 (LXXVI)

Si tiene alguna consolación el hombre que recuerda las buenas
acciones que hizo anteriormente, cuando piensa que ha sido virtuoso,
y que no ha violado la confianza, y que en pacto alguno
ha abusado de la numinosidad de los dioses para engañar a los hom- 5
bres, muchas alegrías, preparadas por ti en tu larga vida, te aguardan,
oh Catulo, a causa de este amor desventurado.

Pues, todo lo que los hombres pueden decir o hacer con justicia
a algún otro, todas estas cosas tú las dijiste y las hiciste, sin
embargo, todas murieron confiadas a una alma ingrata.
¿Por qué, entonces, te sigues atormentando más y más? 10

¿Por qué no endureces tu corazón y te separas de ella y vuelves en
ti, y dejas de ser un desventurado ante los dioses que obran involunta-
riamente? Es difícil dejar de repente un amor que ha durado tanto tiem-
po. Es difícil, pero tienes que llevarlo a cabo de cualquier modo.

Esta es la única salvación, tú debes superar esto: 15
tienes que hacerlo, ya sea esto posible o bien no lo sea.

¡Oh dioses!, si es propio de vosotros tener misericordia, o si alguna
vez llevásteis auxilio a alguno en el último momento de su vida
o bien en la muerte misma, contempladme a mí desventurado y, si
he llevado una vida con pureza, arrancadme esta peste y esta perdición, 20
que ha expulsado todas las alegrías de mi corazón, introduciéndose
suavemente como un entorpecimiento en lo más hondo de mis
miembros. Yo no busco ya, que ella me ame,

o, lo que es imposible, que quiera ser púdica:
yo deseo estar sano y deponer esta horrorosa enfermedad. 25

¡Oh dioses!, concededme esto a cambio de mi piedad.